



## El nombre de este deseo: Modulaciones bi y afectos *queer*

Por Sasha S. Hilas<sup>1</sup>

“Yo no sé cómo se hace para andar por el mundo  
como si solo hubiera una posibilidad para cada  
cual”

Tomboy, Claudia Masín

En su introducción de *Utopía queer*, José Esteban Muñoz afirma que “[l]o queer es una idealidad [...]. Quizá jamás toquemos lo queer, pero podemos sentirlo como la cálida iluminación de un horizonte teñido de potencialidad” (Muñoz, 2020, p. 19). Este trabajo empieza por darle vueltas a la impresión de que en gran medida el animé y el manga han sido algunos de los componentes de mi identidad en tensión con las normas. Por ello, arriesgo aquí una serie de lecturas desde la teoría *queer* y el giro afectivo sobre bisexualidad e identidades no binarias en algunos materiales del manga y del animé, como un modo posible de vincular teoría y vida. Haciendo mías las palabras de Giancarlo Cornejo en “The Sedgwickian Queerness of an animé Lesbian” (2021) “no puedo imaginar ser el tipo de persona *queer* que soy sin haberme cruzado con” *Sakura Cardcaptor* (1998), *Ranma 1/2* (1989), *Sailor Moon* (1992), *Los caballeros del zodiaco* (1986) y otros animés del estilo. Quisiera darle lugar a esos materiales de la *baja cultura* (Halberstam, 2018) que significaron promesas bi en la infancia, aunque sus ecos resonaron mucho más tarde. Al mismo tiempo, tuve la fortuna de haberme topado con la obra del mangaka Kōsei Eguchi –alias Peyo– *Boy meets María*, un manga que me ha revelado, ahora en mi adultez, una hermosa historia donde se cruzan deseo, exploración, identidades no binarias, bisexualidad y trauma sexual de un modo, diría yo, alejado de las lógicas que patologizan las vidas al margen de las normas heterocis.

---

<sup>1</sup> IDH-CONICET

Si lo queer nunca está del todo aquí, operando como una promesa que abre el presente heteronormativo a otras posibilidades, me parece relevante tomar pequeños gestos y rastros *queer* y *bi*, sobre todo en un mundo que tiene mucha dificultad para albergar identidades y orientaciones que desafíen lo monosexual y lo definido. En este sentido, quienes no nos ajustamos a identidades “bien definidas”, unívocas y transparentes, notamos cierto señalamiento de que nuestra sexualidad e identidad no parecen muy convincentes por no estar orientadas hacia un mismo lugar o no ajustarse con ciertos estándares de ejemplaridad disidente. De esta manera, quisiera darle lugar a la cuestión de la visibilidad de las vidas *bi* y *queer* y, por consiguiente, poner de relieve los materiales que han servido para el reconocimiento de un deseo y una experiencia. Aunque con un propósito diferente al que Ann Cvetkovich expresa en su obra *Un archivo de sentimientos: trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas* (2018) se realiza aquí “una exploración de textos culturales como depositarios de sentimientos y emociones” (2018, p. 22), para encontrar en animés como *Sakura Cardcaptor* y en mangas como *Boy meets María*, aquellos placeres *bi* y promesas *queer*. Por último, este texto pretende darle lugar a un elogio de la desorientación, ese estado que, aunque incómodo y violento a veces, me ha revelado cómo mi orientación hacia determinados objetos –como la heterosexualidad– no era azarosa sino normada, y cómo esa orientación normada se *desorientaba* con pequeños, aunque potentes, gestos.

## **I. ¿Se ha torcido tu línea?**

Al abordar la cuestión de la orientación, no podemos no remitirnos al binomio “orientación sexual” y al hecho de que las vidas *bi* parecen romper cierto marco identitario monosexual desde el cual se comprende la orientación sexual. En su capítulo “La orientación sexual”, de *Fenomenología queer: orientaciones, objetos, otros* (2019), Sara Ahmed llama la atención sobre el término ‘orientación sexual’, como un término espacial. Si concedemos que “la sexualidad es crucial para la orientación corporal, para la forma de habitar los espacios, entonces las diferencias entre cómo estamos orientados sexualmente no son solo una cuestión de hacia “qué” objetos estamos orientados” (Ah-

med, 2019, p. 98). Más bien, implican otras cosas que hacemos, “de modo que las diferentes orientaciones, las diferentes formas de dirigir nuestros deseos, implican habitar mundos diferentes” (Ahmed, 2019, p. 98). Las sexualidades *queer*, atendiendo a una de las acepciones de la palabra inglesa, señalan sexualidades torcidas y desviadas, que no siguen una línea recta y que no se orientan hacia “el otro sexo”. Si la heterosexualidad es interpretada como una orientación neutra, la homosexualidad salta de aquel campo neutro mostrando una torsión, un giro, una bifurcación que no sigue la línea trazada (Ahmed, 2019, p. 113). Siguiendo el modelo de dos sexos (masculino y femenino), deviene otro modelo de dos orientaciones. De tal modo que, de aquel primer binarismo se desprende el binarismo sexual que presupone, por un lado, una orientación sexual monosexual y, por otro lado, una la orientación sexual como una cuestión de identidad. “Tener” una orientación sexual, es entonces una forma de ser, en donde el ser mismo tiene que convertirse en algo orientado (Ahmed, 2019, p. 95). Si las orientaciones sexuales homosexuales son marcadas como un desvío, como aquellas que fallan en orientarse *rectamente* y han perdido el camino hacia el “otro sexo”, las orientaciones bisexuales tuercen y queerizan aún más este esquema de relaciones, dado que no presentan una orientación monolineal. En otras palabras, las experiencias bi queerizan nuestras presunciones sobre lo que significa orientarse o estar orientado.

Sin embargo, abordar esta clase de asuntos nos enfrenta a la existencia de los rastros disimulados y las huellas difusas de lo bi en la vida cotidiana. April Callis sugiere en su artículo “Playing with Butler and Foucault: Bisexuality and Queer Theory” (2009), que “aunque la teoría queer se dedica a la deconstrucción de la naturalización binaria de la heterosexualidad y la homosexualidad, la bisexualidad, que parece favorecer esta deconstrucción por su mera existencia, rara vez es un tema de interés o investigación para los teóricos queer” (2009, p. 214). En otro artículo titulado “Queering Queer Theory, or Why Bisexuality Matters”, Laura Erickson-Schroth y Jennifer Mitchell ponen de relieve que los estudios de la bisexualidad podrían dirigirnos desde “un paradigma monosexual hacia categorías significativamente más abiertas” (2009, p. 313). En un texto titulado “(A) queer y ahora” (2002), Eve Sedgwick presenta una lista que descom-

pone los múltiples presupuestos al interior de la noción de identidad sexual. Con ella intenta exponer las presuposiciones tácitas sobre la sexualidad de una persona, que al seguir cierta alineación permitirían afirmar que “se tiene cierta sexualidad”, clara, constante y uniforme. Sin embargo, lo que la lista de Sedgwick expone es “la cantidad y la *variedad* de las dimensiones que la ‘identidad sexual’, supuestamente, debe organizar en un conjunto unitario sin fisuras” (2002, p. 37). Surge entonces una cuestión, consignada como párrafo aparte “¿Y si no lo hace?” (Sedgwick, 2002, p. 37). Esta pregunta permite abrir el panorama sin clausurar posibilidades y direcciones. En efecto, la bisexualidad es un modo en el que estos presupuestos se desordenan, sin señalar una única dirección, una única orientación ni un conjunto de prácticas y performances definidas. Dado que el binarismo y el esquema monosexual apuntan a la elección de una pareja predilecta entre femenino o masculino, y acorde a ello se esclarece la heterosexualidad u homosexualidad de quien escoge, las personas bisexuales *enrarecen* e interrumpen el esquema. Preguntándonos aquí por las vidas bi, rescato el interés por los animés para público joven, sean *shonen* o *shojo*<sup>2</sup>, que contienen guiños *queer* en sus tramas sin presentar sujetos *queer* ejemplares. Los cambios de género, las sexualidades no heterosexuales, y los deseos que van más allá de lo convencional –y muchas veces de lo humano– no tienen la necesidad de ser claramente presentados, distinguidos y *militados*.

En 1998, se estrena el animé *Sakura Cardcaptor*, que narra la historia de Sakura Kinomoto, una niña que por accidente rompe el sello del libro que contiene unas cartas mágicas llamadas cartas Clow. En la lógica de la trama, tras ese accidente, las cartas se han esparcido por la ciudad y Sakura se vuelve propietaria del libro. Junto al guardián del libro Kero, su objetivo es atrapar y sellar las cartas. Este animé alberga un elenco *queer* sin presentarlo como tal. La mejor amiga de Sakura, Tomoyo, deja entrever algunos gestos que nos hacen suponer que le gusta Sakura. Touya, el hermano mayor de Sakura,

---

2 Shonen o shōnen es una demografía del manga y el animé definida especialmente por la acción, las peleas, y el camino del héroe por superarse. También hace referencia al público adolescente al que está dirigido (la palabra quiere decir literalmente “chico” en japonés). La versión femenina de este género es *shojo* o *shōjo*, con protagonistas mujeres como las heroínas de la trama.

y Yukito se enamoran. Y a su vez, Sakura y su compañero de clase, Shaoran, también compiten por el amor de Yukito. La obra del grupo CLAMP muestra a través de los capítulos algunas huellas de bi, lésbicas y gays. El amor y el erotismo aparecen sin un contenido determinado, expresándose de una manera bien característica de esta clase de animés: los diferentes personajes solo quieren estar cerca de las personas que les gustan. Los sentimientos se deslizan y cambian. Del mismo modo, los roles de género clásicos en una sociedad machista se desordenan, y diferentes modos de habitar la feminidad y la masculinidad aparecen. Vemos madres masculinas e independientes como la madre de Tomoyo, papás sensibles como el de Sakura, niñas heroínas como la mismísima Sakura, varones tímidos y femeninos tales como Yukito y Shaoran, personas andróginas, amores entre personas de diferente generación –como Rika y el profesor Tera-da–, y entre seres humanos y entidades no humanas –como el caso de Touya y Yukito, dado que este último es uno de los guardianes no-humanos de las cartas, Yue–.

En esta trama, el personaje de Shaoran tiene un interés particular. Llegado desde Hong Kong, el joven brujo compite con Sakura por la titularidad de las cartas, pero también, como mencionamos, compite con ella por la atención de Yukito. Al verlo se sonroja, le gusta tanto estar cerca de él que la tensión le hace escapar corriendo, le deja regalos y riñe con Touya. Si bien al comienzo de la serie sus sentimientos se inclinan hacia Yukito, con el pasar del tiempo conoce más a Sakura y se enamora de ella. A su vez, Shaoran y Tomoyo construyen una suerte de complicidad a través del deseo por la misma persona, Sakura, mostrándonos posibles alianzas entre vidas lesbianas y bi. Mientras en series occidentales con perspectiva inclusiva –como *Sex Education* de Netflix– los personajes disidentes tienen que explicitar sus orientaciones, sus pronombres y sus identidades como un paso casi obligado de un ritual social, los sentimientos de Shaoran nunca son presentados claramente como orientaciones sexuales y nunca da la impresión de tratarse de una sexualidad que Shaoran “tiene”. Lo que marca la dirección de sus sentimientos no son líneas rectas ni identidades ya concebidas, sino la experiencia, los contactos con Yukito y Sakura y el paso del tiempo. Al mismo tiempo, *Sakura Car-*

*dcaptor* no solo nos muestra vidas bi, sino también sexualidades no adultas, dando espacio a deseos precoces.

La bisexualidad, que no tiene un protagonismo destacado en las ficciones masivas para público adolescente, encuentra en el animé y aquí en particular un lugar para contar su propia experiencia. Shaoran no descubre inclinaciones homosexuales con Yukito ni se “reorienta” hacia la heterosexualidad con Sakura. Los amores bi son narrados desde su propia lógica, una que no es monosexual ni lineal. *Sakura Cardcaptor* narra los vaivenes bisexuales de un muchacho, no solo desde sentimientos con buena prensa como el amor, sino también desde otros afectos como el anhelo sexual, que hacen que Shaoran se acerque a Yukito pero que también salga corriendo sin poder soportar la tensión.

## **II. Experiencias bi, vidas queer: “quiero que seas Yu”**

Al seguir un rastro efímero de las vidas bi en materiales del animé y del manga, di por casualidad con la obra del mangaka Kōsei Eguchi, *Boy meets María*. Aunque este material aparece en los portales de manga online como una historia BL –boys love, romance gay– me parece que vale la pena traer las propias palabras del autor sobre ella “[e]s una historia que no puede llamarse ‘Boy Meets Girl’ o ‘Boy Meets Boy’. Si la disfrutan aunque sea un poco, seré feliz” (Eguchi, 2022) señala Eguchi abriendo complicidad con sus lectores.

El manga relata la historia de dos adolescentes, Taiga Hirosawa y Yu Arima. Taiga conoce Yu al ver su performance como actriz, interpretando un papel femenino en una obra escolar y a partir de ese momento se enamora, insistiendo en verlo como una chica cis. Mediante amigos de la escuela recibe información “contradictoria”: para algunos es una chica llamada María y para otros es un varón llamado Yu Arima. Después de muchos acercamientos, Taiga le confiesa su amor y admiración, así como su deseo de actuar. Yu le explica que es un varón y rechaza enseñarle a actuar porque personas como él, atentas solo a la superficie de las cosas, “no pueden brindar más que una actuación chata”. Las palabras de Yu conectaron a Taiga con su pasado, sus dolores y sus sueños. Recuerda las peleas de sus padres, la muerte de su madre y se dice a sí mismo “me fui conven-

ciendo de que ver solo la superficie y conformarme era más fácil". Se da cuenta que el miedo que le provoca acortar la distancia entre él y el mundo es lo que le impidió ver a Yu tal cual es. En este giro, Taiga repara casi de pasada que sus sentimientos por Arima siguen allí, incluso después de confirmar que no se trata de una mujer cis. A lo largo de toda la historia se siente atraído por las dos dimensiones de Yu: mientras sus fantasías le traen a María –aquella versión femenina–, durante sus prácticas de actuación la cercanía con Yu tiene todas las tensiones propias de la atracción y el deseo. Frente a cierta simplificación de las categorías bajo las cuales se clasifican las historias, tengo para mí que *Boy meets María* no se trata simplemente de una trama BL, sino una historia donde aparecen momentos queer que desorientan a l\*s protagonistas y revelan orientaciones que no siguen líneas rectas ni unidireccionales.

Por otro lado, la vida de Yu también se ve conmovida por la entrada de Taiga. En un momento de la historia, le confiesa a Taiga el origen de su apodo María: su madre, que quería tener una hija, lo hizo pasar por una niña durante toda su infancia. En ese contexto, Yu/María sufrió un abuso sexual por parte de un maestro. Ese fue el detonante para que ponga un punto final a María. No obstante, uno no puede simplemente borrar su pasado. Sintiendo especialmente inseguro al habitar su lado masculino, decide continuar interpretando personajes femeninos en el grupo de teatro de la escuela, como una forma de continuar con aquellas cosas que le gustan –la actuación– de un modo en el que logra hacer pie. Sus interpretaciones no son vistas como si se tratara de un actor interpretando papeles femeninos, sino como si su género cambiara al momento de actuar. En uno de los capítulos finales, Yu sufre una crisis de angustia al recordar la violencia sexual que sufrió en el pasado. Se esconde en un aula pero Taiga lo encuentra. El momento de intimidad mezcla emociones como la angustia y el deseo, de un modo que vuelve difícil de discernir dónde comienza y termina cada sentimiento. Mientras Taiga quiere acercarse, Yu busca que lo rechace reaccionando de forma violenta y performando –entre tirones de ropa y empujones– la proximidad de la violencia sexual. En lugar de rechazarlo, como un modo de alejar los “malos sentimientos” que son parte de este abordaje sexual, Taiga le da lugar al trauma sexual. Así es que, en res-

puesta a las palabras “no soy ni mujer ni hombre, yo ¿qué soy?”, Taiga rompe con el dolor que le provoca su sentimiento de inadecuación al tocar, abandonando las categorías binarias, una fibra profunda: “Yu, tu nombre de pila es Yu. No tenés que ser un chico o una chica, solo quedate como Yu”.<sup>3</sup>

Al leer estas líneas vuelvo a ciertos materiales de las culturas lesbianas *bucht-femme* utilizados por Ann Cvetkovich, para pensar los vínculos entre identidad, sexualidad y trauma. Muchos de esos textos y discursos –entre los cuales se encuentran Nestle, Hollibaugh, Davis y Lapovsky Kennedy, como así también los trabajos de Minkowitz– producen respuestas creativas al trauma del contacto y de la violencia sexual, que permiten despatologizar “la relación entre trauma y sexualidad” (Cvetkovich, 2018, p. 82).<sup>4</sup> Estos materiales aportan a una perspectiva que asume que no es necesario anular el trauma sexual y sus efectos en pos de “obtener” una sexualidad a la altura de los discursos de la invulnerabilidad sexual. Para autoras como Cvetkovich, la patologización del trauma guarda cierta similitud con la patologización “de las identidades sexuales, en nombre de la construcción de sexualidades normativas” (2018, pp. 72-73). De modo que:

[p]ensar sobre el trauma desde la perspectiva despatologizadora que ha alimentado la visión queer de la sexualidad ofrece posibilidades para entender los sentimientos traumáticos no como un problema médico en búsqueda de una cura sino como experiencias sentidas que pueden ser movilizadas en muchas direcciones. (Cvetkovich, 2018, p. 76)

En esta línea que se propone despatologizar el trauma sexual y las vidas queer en conjunto, la apuesta a vivir como Yu asumiendo la presencia del trauma sexual implica también basarse en el supuesto

---

3 Me tomé la libertad de traducir al castellano desde la versión en inglés, debido a ciertos equívocos de la traducción castellana.

4 De hecho, la autora afirma que “[p]ermitir un lugar para el trauma dentro de la sexualidad es coherente con los esfuerzos para mantener la sexualidad queer, para mantener un lugar para la vergüenza y la perversión dentro de los discursos públicos de la sexualidad, en lugar de eliminar su desorden para hacerlos aceptables”. (Cvetkovich, 2018, p. 99)



de que está bien –y no mal– vivir una vida queer. Haciendo mías algunas reflexiones de Cvetkovich, volverse una persona queer, en lugar de una hétero-cis, puede ser “uno de los efectos positivos” (2018, p. 134) y no negativos del trauma. Pensar en las vidas *queer* como un efecto negativo de las experiencias de violencia sexual podría desviar nuestras reflexiones hacia la convicción de que lo queer es algo que debe ser curado. De este modo, Yu Arima decide vivir como Yu, como un modo *queer* –torcido, raro– de dejar de seguir los guiones normativos y orientarse a través de la desorientación. Su experiencia identitaria y sexual que antes se vivía como una desorientación angustiante, ahora es la tierra firme desde donde vivir. *Boy meets María*, es una historia que, lejos de patologizar a Yu, muestra los lugares en donde lo queer despatologiza su vida e, incluso la salva.

### III. Qué caminos abren estas huellas

Tanto Yu Arima y Taiga Hirosawa de *Boy meets María* como Shaoran Li de *Sakura Cardcaptor* nos ofrecen experiencias de sexualidades que no parecen orientarse rectamente, de identidades que no se cierran en una conclusión y de heridas que no se interpretan como el origen sospechoso de una *queeridad* a ser corregida. Este texto se abrió paso caminando a tientas, sin pretender trabajar con evidencias y hechos concretos. Reflexionando a través de rastros efímeros (Muñoz, 2020), he abordado *Sakura Cardcaptor* y *Boy meets María* con la intención de recuperar materiales que alojen gestos otros al margen y en tensión con la normatividad.

Alrededor de una reflexión sobre la orientación y la desorientación, Sara Ahmed supo decir en *Fenomenología queer* (2019) que “las orientaciones están organizadas en vez de ser casuales [...] determinan lo que se convierte en una realidad social y corporal” (2019, p. 218). Siguiendo este mismo diagnóstico, rescato junto a Ahmed el valor de la desorientación como una experiencia de cambio de dimensiones, un estado en el que se suspende cierta organización de la orientación para abrir otras posibilidades. Cuando dejamos de orientarnos hacia lo hétero-cis ocurren momentos de una emocionante desorientación que quita nuestra atención de una dirección para tantear otros caminos, quizá menos transitados a simple vis-

ta. Dice Ahmed que “[l]a desorientación puede describirse como un ‘devenir oblicuo’ del mundo, un devenir que es a la vez interior y exterior, como realidad, o como aquello que le da realidad a un nuevo ángulo” (Ahmed, 2019, p. 223), haciendo un juego de palabras entre “oblicuo” y *queer*. Este devenir oblicuo de la desorientación hace que las líneas que eran o que por norma debían ser paralelas puedan tocarse. En este sentido, quizá los momentos *queer* –raros– que dan origen a orientaciones otras ocurran cuando “las cosas no logran ser coherentes” (Ahmed, 2019, p. 233); y es “en esos momentos de fracaso, cuando las cosas no se mantienen en su sitio, que la desorientación aparece” (Ahmed, 2019, p. 233). No se trata tanto de que haya una línea *queer*, lo que en algún punto podría comprometernos a desacreditar la existencia de diversas vidas *queer* “cuyas vidas son vividas de desde puntos diferentes” (Ahmed, 2019, p. 233); sino más bien “cómo nos orientamos hacia los momentos *queer* de desviación” (Ahmed, 2019, p. 244). En particular, el contacto con materiales como *Sakura Cardcaptor* fue para mí un momento *queer* de desorientación, que puede ser entendido como una interrupción de la heteronorma y como una efímera evidencia. Asir una evidencia obvia de lo *queer* es un ejercicio difícil, porque está especialmente formado de componentes efímeros que no constituyen un hecho. Alejándose de cualquier pretensión de definir un tipo de sexualidad, identidad o expresión de género, *Sakura Cardcaptor* y *Boy meets María* no proponen sujetos *queer* ejemplares, sino que permiten que aparezcan pequeños guiños *queer*, huellas bi y gestos antinormativos. Materiales pasados y contemporáneos se tocan –recordando el trabajo de Carolyn Dinshaw– y nos tocan. Si preguntamos qué caminos abren estas huellas, ¿acaso trazarán múltiples direcciones? Este texto parte de inquietudes en torno a las vidas y sexualidades que no tienen una orientación monosexual ni definen una identidad desde la cual se puede reconocer y validar su existencia. Ajustando la vista a otras tonalidades (Moretti Basso, 2020) que no necesariamente iluminan o se dejan iluminar, procuramos atender a lo que sigue viviendo a su manera incluso en un mundo que continúa aferrándose al binarismo.

## Referencias

- Ahmed, Sara (2019). *Fenomenología queer: orientaciones, objetos, otros*. Barcelona: Bellaterra.
- Asaka, Morio (1998). *Cardcaptor Sakura*. Madhouse.
- Callis, April (2009). Playing with Butler and Foucault: Bisexuality and Queer Theory. *Journal of Bisexuality*, 9, 213-233.
- Cornejo, Giancarlo (2021). The Sedgwickian Queerness of an Animé Lesbian: Reading Revolutionary Girl Utena. *Lectora*, 27, 211-226.
- Cvetkovich, Ann (2018). *Un archivo de sentimientos: trauma, sexualidad y culturas públicas lésbicas*. Barcelona: Bellaterra.
- Eguchi, Kosei (2022). *Boy Meets María*. Buenos Aires: Kemuri Ediciones.
- Erickson-Schroth, Laura y Mitchell, Jennifer (2009). Queering Queer Theory, or Why Bisexuality Matters. *Journal of Bisexuality*, 9, 297-315.
- Halberstam, Jack (2018). *El arte queer del fracaso*. Madrid-Barcelona: Egales.
- Moretti Basso, Ianina (2020). En los umbrales de la luz. Archivos para moldear la mirada. *Cuadernos de Filosofía*, 80, 9-26.
- Muñoz, José E. (2018). *Utopía queer. El entonces y el allí de la futuridad antinormativa*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sedgwick, Eve (2002). "(A)Queer y ahora". En Rafael Jiménez Mérida (comp.), *Sexualidades Transgresoras. Una antología de estudios queer* (pp. 29-55). Barcelona: Icaria.

